

El Dilema de la Educación en las Postrimerías de la Era del Rock

Hace un par de décadas a nadie se le hubiese ocurrido que una institución educativa podía tener una orientación relacionada con el Rock, por un motivo simple, ese género artístico es generalmente contracultural, esto es, un estilo que tiende a cuestionar algunos cánones impuestos en la sociedad, mientras que la educación tiende por definición a reproducir esos cánones. Desde este punto de vista, un colegio rockero sería una contradicción tan difícil de sostener como una Iglesia Atea, pero el género humano es en sí mismo contradictorio. No obstante esa característica, algo ha pasado en el mundo, y particularmente en la Argentina, que ese proyecto no sólo es posible, sino también, bastante fructífero. En principio, lo que ha sucedido es que la sociedad se ha vuelto mucho más compleja y menos lineal que antes. En esto, ha tenido gran responsabilidad el desarrollo de la Web, y la multiplicidad de informaciones que ahora están disponibles para gran parte de la sociedad. Hoy por hoy, aprender no es sólo almacenar datos, porque las computadoras lo hacen mucho mejor que nosotros, sino que aprender es saber qué hacer con ellos. En otras palabras, este mundo complejo y de una dinámica voraz, requiere no sólo que retengamos información, sino que además aprendamos a cuestionarla, transformarla y producirla, llegado el caso. Esa es la principal diferencia entre la Web tradicional, y la que se ha inaugurado en los últimos años con los blogs y las redes sociales. Hoy cualquiera que tenga un dispositivo económicamente bastante accesible, puede producir contenidos, pero no cualquiera puede hacer que esos contenidos sean valiosos o atractivos para los demás. Es en este punto en el comienza el nuevo dilema de la educación: Es claro que si el objetivo sigue siendo el mismo que antaño, que el alumno asimile ciertos contenidos, como quien carga datos en un ordenador, eso puede ser mucho mejor realizado por un dispositivo tecnológico. Pongo un ejemplo, es más fácil lograr que un alumno recuerde qué pasó en tal o cual proceso histórico si lo bombardemos con imágenes y distintos estímulos, que si ponemos a una persona a hablar sin parar por unas cuantas horas. Ahora bien, hay cosas que una máquina no puede hacer, haciendo imprescindible la función docente: La máquina no puede enseñarle a alguien a criticar, comparar, relacionar, ponderar o sacar conclusiones, tampoco puede transmitirnos sus experiencias en ese proceso de construcción del conocimiento.

Todo lo que acabo de decir, es un tema desarrollado hasta el hartazgo por las teorías pedagógicas en las últimas décadas. Así, resumiendo mucho el tema, se ha pasado del paradigma del docente maquinal, que transmite información, procedimientos y actitudes, a la vez que controla el proceso de asimilación de las anteriores por parte del estudiante, al paradigma del docente liberador, que guía al estudiante en tal proceso. El problema es que, lamentablemente los cambios de la sociedad suelen ir más rápido que los cambios institucionales, lo que se traduce en una situación tan ambigua como que los docentes son expuestos a estas nuevas teorías en su proceso de formación, pero rara vez se les enseña a ellos con ese modo que se les propone enseñar. Es decir, en el ámbito terciario, sigue

predominando la formación clásica. De este modo, se vuelve difícil que un docente aplique pautas pedagógicas que nunca experimentó en primera persona. Si sumamos a esto la habitual esquizofrenia nacional a la hora de llevar adelante las reformas, el resultado es el peor. En vez de tomar lo mejor de la tradición y lo mejor de las nuevas teorías pedagógicas, suele quedar lo peor de ambas: en vez de educar a los alumnos, dada la crisis del tejido social que ha mellado la función de los padres, los docentes se ven reducidos a una función represiva para la que no están preparados, a la vez que deben adecuar esa falta de origen con las nuevas pautas, queriendo liberar a sujetos anarquizados, lo que conlleva una pérdida de la autoridad fundamental para llevar adelante un proceso pedagógico fructífero. En otras palabras, para liberar al sujeto, éste primero debe estar constituido como tal, es decir, debe estar “sujetado”. Lo llevo a un ejemplo, si un alumno no comió, no durmió lo suficiente, no respeta al docente, más que liberar, el docente debe primero garantizar que el estudiante se adecue a las mínimas pautas de convivencia.

El anterior, es el drama fundamental que atañe a la educación en las postrimerías de la era del Rock acá en la Argentina. Mientras hace tan sólo unas décadas atrás, la Religión, el Estado y la Familia eran instituciones medianamente consistentes que garantizaban un piso a partir del cual desarrollar la subjetividad del estudiante, ahora, luego de la crisis aberrante que han sufrido esas instituciones en nuestra Nación, los estudiantes muchas veces se parecen al peor roquero, que es aquel que cree en la transgresión por sí misma como el único modo de libertad. En este sentido, recuerdo a “Pomelo”, el famoso personaje de Capussotto, ese roquero que va por la vida evadiendo las pautas elementales de convivencia en sociedad, chocando todo el tiempo contra la resistencia de los otros que sienten el avasallamiento de su pueril postura, respondiendo en general de un modo violento. En suma, Pomelo siempre termina siendo acomodado a los golpes, pero nunca aprende, justamente porque es un roquero rebelde.

Ahora volvamos a, principio, partimos de una institución que es una suerte de oxímoron educativo. Justamente es allí donde las contradicciones de las que venimos hablando se hacen más flagrantes, y es justamente también allí, donde si no se enfrenta de modo adecuado la situación, las consecuencias terminarían impidiendo el sentido de la existencia de tal institución. Vamos a un ejemplo concreto: Hace unos años, cuando apenas comenzaba con mi tarea como Director, me encontré con un alumno que salía del patio, en un momento en el que no le estaba permitido estar allí, y detrás suyo, había una gran humareda con olor a marihuana. Era prácticamente innegable que era él quien había fumado, pero insistió tanto en que no era el caso, que decidí darle el beneficio de la duda. Grave error. A los pocos días, se repitió la escena. Esta vez, no dudé, y llamé al padre, que me respondió de un modo insólito. Es sabido que en los patios y baños de muchos colegios se fuma, pero nuestra idea no era hacer la vista gorda ni permitir eso que no sólo vulnera una norma (la prohibición de fumar en espacios donde se brinda un servicio público), sino porque además, un alumno drogado no puede llevar adelante del mejor modo sus responsabilidades

académicas. Quizás por esa lamentable realidad que sucede en tantos colegios, y teniendo en cuenta el supuesto carácter roquero del colegio, el padre me respondió. “Pero bueno, peor hubiese sido haberlo encontrado fumando tabaco, que es tan perjudicial para la salud.” Debo reconocer que la respuesta me descolocó. No porque le tema a la marihuana, sino por la completa displicencia del padre respecto de una norma que de no ser asimilada por su hijo, seguramente le traería problemas en el futuro. Por eso, traté de calmarme, y le expliqué que la norma era no fumar en general, más allá del contenido del cigarrillo. Frente a esto, lejos de quedarse conforme, el padre agregó que debía entender que su hijo era un adicto, y que no lo podía evitar. Entonces sentí que me tomaba el pelo, así que le respondí que en ese caso, velando por su integridad, debía elevar el asunto a la Justicia. Rápidamente el padre cambió de posición, me dijo que no era para tanto, que su hijo no era adicto, que era un salame, en fin... Tiempo después me enteré que este buen hombre cultivaba marihuana y consumía con su hijo, lo que tampoco me sonroja, pero me llamó la atención que además de enseñarle a consumir, no le haya enseñado también dónde era conveniente no hacerlo. Digo, hace tan sólo unos años, a muchos niños se les daba vino rebajado con soda en vez de Coca Cola, y no por eso los estudiantes se alcoholizaban luego en el colegio.

Después de este rodeo, me animo a la siguiente conclusión. La educación se debate entre dos extremos, por un lado, la actitud centrípeta, tradicional, que busca hacer al individuo apto para el sistema, reproduciendo sus normas y valores, y por otro lado, la actitud centrífuga que busca hacer al alumno un ser crítico, creativo y productivo. Entre esos dos extremos, hay muchos matices, sin embargo, siempre que el riesgo es la disolución de la identidad, frente la transgresión sin otro sentido que el reviente por sí mismo, parece deseable, e incluso saludable, recomendar una vuelta a la tradición. De lo contrario, insisto, no habrá qué liberar. Si el estudiante no puede adecuarse a lo mínimo, si no puede comprender un texto, trabajar en grupo, prestar atención, dialogar, es imposible cualquier tipo de liberación, porque no queda nada para ser liberado, sino un idiota en el sentido más estricto de la palabra: alguien que vive encerrado en un mundo chato y privado, completamente impermeable a cualquier contenido que pueda provenir del afuera, permitiéndole cambiar, desarrollar su potencial y ser productivo para sí mismo y los demás.

Es fácil comprender el anterior punto si uno traslada el ejemplo al campo deportivo, donde el objetivo es claramente jugar bien y ganar. Maradona podrá haber sido más o menos reventado en su vida privada, pero eso no tiene que ver con su fútbol. Sólo con su innata habilidad no se hace nada. Maradona era un tipo más disciplinado que el resto de sus pares en lo que hace al juego, cuestión resaltada por los técnicos que trabajaron con él. El tipo no se dedicaba a gambetear porque sí, y a tratar de hacer todos los goles él sólo, hacía jugar a todo un equipo, permitiendo el desarrollo del potencial del conjunto, dando pases fenomenales, tanto como haciendo el gol cuando era lo que permitía la coyuntura del juego. Sin disciplina, el talento no sirve para nada más que un onanismo improductivo con el balón. Otro tanto sucede con el Arte. Un artista puede ser genial, pero si no tiene ninguna

disciplina, corre el riesgo de que su obra, aunque sea original, sea también absurda, algo que no puede compartir con los otros, un despliegue de virtuosismo que sólo disfruta él o ella.

De este modo la educación, sobre todo en un país como la Argentina, tan dado a los extremos, tiene que cuidarse, por un lado, de no reforzar demasiado los aspectos tradicionales, terminando en un enciclopedismo, es decir, en la mera reproducción de contenidos construidos generalmente en otras latitudes; lo que termina siendo improductivo desde todo punto de vista; pero por otro lado, debe cuidarse de, intentando evitar lo anterior, no terminar en un libertinaje que es tanto o más improductivo, ya que no sólo no permite la producción, sino que tampoco alcanza a reproducir lo existente, es decir, termina en la disolución que naufraga en la nada misma porque ni se ancla en lo viejo ni llega a postular nada nuevo. En suma, la lección de la Historia es clara, sólo tomando lo mejor de lo viejo: sus experiencias y herramientas, podremos a su vez depurar y tomar lo mejor de lo nuevo: su potencia, sus inmensas posibilidades.

¿Es una revolución educativa posible? Claro, de lo contrario, estamos perdidos. Los únicos cambios radicales, pero a la vez pacíficos y de efectos perdurables, son aquellos que parten de la educación. ¿Podremos cambiar la educación? Otra no nos queda, es eso, o seguir chocando con la banquina a un lado y otro del camino, sin lograr ningún avance real. Somos una nación joven, y la revolución informática, que tiene tan sólo unas décadas, está obligando a profundos cambios en todas las latitudes, de modo que el cambio no es algo que nos atañe sólo a nosotros. A diferencia de otros países donde todo funciona un poco mejor, acá nos acostumbramos a improvisar y ser pilotos de tormenta, lo que quizás nos de ciertas ventajas en el nuevo contexto. Aprovechando los grandes tropiezos de las últimas décadas, podremos cambiar nuestro decadente presente. El carácter híbrido y reciente de nuestra sociedad implican un caudal de experiencias que pueden ser trascendentales a la hora de encarar el complejo futuro que se acerca.

Concluyendo, puede ser que el Rock haya muerto, y que hoy nos encontremos en el fin de la época que éste abrió en la que pareció que todo era posible, para diluirse luego en la banalidad. Pero desde el momento en el que la educación logró apropiarse de esa manifestación artística contracultural, se abre una nueva posibilidad: El nacimiento de nuevos estilos artísticos tanto o más potentes que él, y de una educación adecuada a esos criterios, será quizás una experiencia imprescindible para abandonar la senda de la mediocridad y la decadencia a la que nos hemos resignado. Tanto el Rock como la educación sufren actualmente una crisis aguda, y somos las personas las únicas que podemos torcer el rumbo, no las máquinas técnicas, políticas, etc.